

Beowulf

Santiago García y David Rubín

Astiberri, 2013

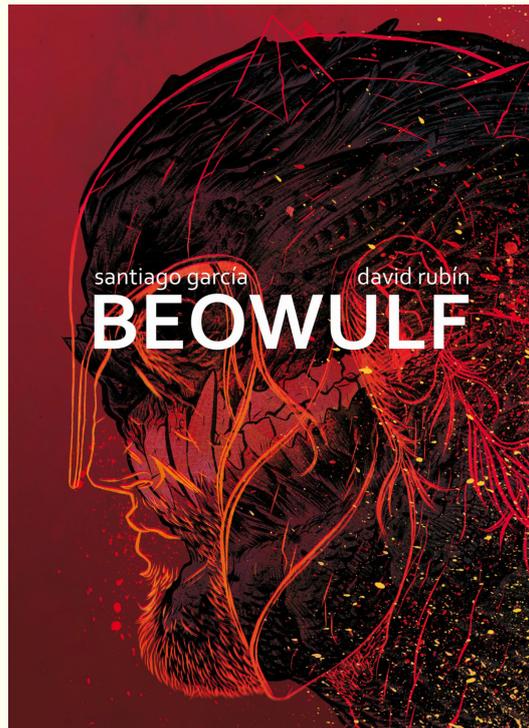
1- El mito

Nuestra Historia (la de la humanidad, en mal empleadas mayúsculas) está repleta de historias que traen ecos. Mitos, gestas que hablan de la humanidad misma porque articulan un tapiz de lo más profundo de nosotros mismos. A través de la literatura primigenia tenemos relatos de la necesidad humana por comprender, enfrentar y superar lo trascendente, lo inabarcable. Morimos y nada sabemos de lo que sucede después, así que hacemos poblar el mundo de ideas insabibles, incertezas, temores. Hacemos Carne al miedo.

El mito griego interpreta la realidad desde el Cosmos, desde el Orden que simboliza una idea de pueblo pleno, asumido plenamente por la polis ateniense. El Olimpo divino es cercano, la tierra es próspera, de *demos* y *cratia*, el Mediterráneo es un lugar de encuentro (o desencuentro), no de incertidumbre a lo desconocido. Pero incluso en la bendición de sentirse los Elegidos, el miedo y el enemigo aparecen en sus tradiciones (el Cíclope feroz, la Medusa petrificadora, que son el eco mitológico de incontables enemigos reales).

Los pueblos germánicos vivieron el desorden y lo desconocido y sus fábulas son, si nos centramos en *Beowulf*, plasmaciones del miedo y la incertidumbre. Cierta sensación de que El Reino jamás será en paz. No hay orden en un sentido griego, en los mitos sajones o escandinavos. Normal, es otra naturaleza, otro clima, es una sociedad menos civil, más guerrera, feroz y consciente de que tras el mar no saben qué hay.

Los monstruos son una plasmación maravillosa. No son metáfora de nada, sino la evidencia con forma física del miedo intraducible. Seguimos queriendo nuestros propios monstruos. De Lovecraft y su detalle sobre lo inaprensible al “otrismo” que Poe o Stevenson instauran en la literatura, pasando por la pintura agónica de Francis Bacon. En este contexto recuerdo las declaraciones de Peter Jackson diciendo que su dragón para *El Hobbit* va a ser algo nunca visto.¹ Necesitamos del horror. Hacemos visible lo invisible, encarnamos con imaginación nuestro *pathos*.



¹ “I want to present the most venal, scary, decrepit, nasty dragon I possibly can.” Declaración de Peter Jack-

Incluso esa literatura pop que ha sido la Marvel de los sesenta ha sabido representar al monstruo una y muchas veces. Posiblemente la más afinada y terrible sea la creación gráfica por parte de Jack Kirby de Galactus en el número 49 de *Fantastic Four* (1965). Hablamos de una criatura casi divina que adviene a la Tierra para devorarla. Un dios amoral que se alimenta para sobrevivir en el espacio, una criatura que simboliza el miedo definitivo en la era espacial. El universo es, o esconde, al apocalipsis final con forma antropomórfica y consciente. Siempre me ha fascinado una imagen, la del siguiente número 50 de la colección, la marcha final del devorador de mundos envuelto en energía crepitante (es de suponer que atrona, vamos). Es en ese momento donde Kirby (quizá Stan Lee también, aunque lo dudo) realmente capta toda la fisicidad de su monstruo definitivo. Entre el ser y el provocar, entre energía y materia, una pesadilla de entropía de poder destructivo que o se consume o lo consume todo. Y no está en su voluntad el consumirse él mismo.

David Rubín (Ourense, 1977) ha comentado en varias ocasiones que Jack Kirby es una de las influencias en *Beowulf*. Yo la advierto, entre otras cosas, en su capacidad para crear monstruos. Los seres imaginados por el dibujante neoyorkino poseen todos una cualidad de “fuerza de la naturaleza”. Ninguno igualará el techno-horror galáctico mencionado, pero todos, de Annihilus a Blastaar pasando por sus creaciones para DC Comics en los setenta, hacen de lo físico el elemento primordial. Del mismo modo Rubín enfrenta las monstruosidades del relato anglosajón, como fuerzas de la naturaleza que surgen del vientre mismo de la tierra (tomando la literalidad del texto original, anónimo fechado en fecha incierta, entre el siglo VIII y el XII de nuestra era). Pesadillas dentadas, fieras de regusto a equino picassiano, turgencias de la Nueva Carne que no se pretenden elaborada metáfora. Son miedo hecho carne, vísceras y sangre.

El miedo es el origen de los mitos y este tebeo lo capta como pocos en tanto que revisión contemporánea (que no posmoderna) de una obra enraizada precisamente en el mito, en esa nébula entre historia, creencia y fe propia de los paganismos.

2- La pugna

Un reino se marchita, temeroso de un monstruo asesino. Un héroe llegará para salvarlos a todos y desatarlos de las tinieblas, que diría Tolkien, matando a la bestia Grendel y sus



Fantastic Four
50, Stan Lee,
Jack Kirby y
Joe Sinnott.

son consultada en Los Angeles Times. Hero Complex. <http://herocomplex.latimes.com/movies/hobbit-peter-jackson-talks-smaug-cameo-creature-design/>.

mayores. *Beowulf* es la lucha entre dos opuestos, el Hombre Viril y la Bestia. Las Bestias, mejor. No se entiende de un modo lineal, de relato ortodoxo, sino en tanto que símbolo plasmado en narrativa, como flashes de luz intensos que jalonan una lectura espasmódica. El conflicto contra lo aberrante nos hace, en la victoria, verdaderos reyes de la Tierra. Esto no es sino una mirada cruda a tantos lances superheróicos. El Mutante no es una bestia sino un hombre. Spiderman es un símbolo del crecimiento de la persona (del medio hombre, al hombre entero, por tanto), los 4 Fantásticos, el blanco espíritu del desarrollo de la humanidad a través de la curiosidad frente a lo desconocido. Y Superman es el reflejo de lo que queremos ser, la perfección.

Búquedas y confrontaciones que se retrotraen, claro, a los mitos y a poderosos símbolos. *Beowulf* es la historia de los hostiazos que se deben dar, y a qué, para superar las trabas que nos impiden la gloria de ser reyes. Hombres. Con la muerte del mal, el horror o lo misterioso, logramos ser soberanos del mundo. O del palacio Heorot. Gobernamos el lugar que habitamos por nuestra capacidad de victoria siempre. Y somos reyes si primero *somos*. El guerrero Beowulf tenía que llegar, algún día, al reino de Hrothgar, rey de los daneses, que es rey de nada porque no puede vencer al monstruo Grendel. Ni rey ni hombre. Es *el derrotado*. Beowulf, sin embargo, es la fuerza viril, el principio de certidumbre (púgil) que define a la humanidad.

No es una mirada bondadosa, mirada desde el presente civilizador, hacia la humanidad, pero supongo que el ser humano ha sido consciente de su predominio violento hasta hace bien poco, dadas sus prácticas habituales a lo largo de la historia. Históricamente no somos criaturas de ciencia o de filosofía, disciplinas marginales frente al arte de la guerra. Beowulf es un guerrero intenso, jubiloso, fiero. Es la aspiración de todo hombre, en fin, por los siglos de los siglos.

Pero todo relato ancestral resuena como un eco en nuestro presente. Beowulf siente la vida como una energía rebelde, un imperio resolutivo de movimiento, acción y valor. El entorno moribundo, el reino en sombras de muerte, no le afecta. Sabe que para sobrevivir debe actuar. Quizá podamos observar una idea aquí, potente, sobre este tiempo de crisis ética, económica y de toda índole, acaso involuntaria en un tebeo que no se quiere posmoderno ni revisionista, sino fielmente moderno (que no es lo mismo). Los ciudadanos se acobardan, se ríen de Beowulf. No lo vas a conseguir. Pero el guerrero comprende que la verdadera derrota es persistir en la inacción. ¿Volvemos a tomar las calles como en 2011, pero quizá sin tanto miramiento y sentido de la ciudadanía? Nos machacarán los poderes, dirá el temeroso. “Vivir es solo esperar la muerte. Si podemos, tenemos que obtener la gloria antes”, responde Beowulf. La lucha con el enemigo, con el monstruo, nos hace ser. O en el contexto del relato secular, nos da la gloria.

Por eso luchamos en una pugna sin verdadera conclusión, ni principio ni fin. En cierto sentido *Beowulf* (pese a su tono heroico-crepuscular en su tercera parte) es más un ciclo sin principios ni finales que un relato ortodoxo.



3- La obra y los autores.

Santiago García tenía el relato de Beowulf y Grendel en la cabeza desde hace mucho. De la génesis de este libro hablaremos luego, pero digamos que la resolutiva fuerza de David Rubín, implicándose personalmente en dar forma a la obra que habitaba la cabeza de Santiago García (Madrid, 1969), la convierte en un trabajo de perfecta amalgama. Al final este cómic es un ecuador hermosamente equilibrado entre reflexión y épica, análisis meditado y estertor fiero. Discurso y abstracción. Uno, con la lectura del tomo, no es capaz de advertir a quién debemos asignar qué. Hablar del cruce de un autor vehemente con uno que ha reposado la obra décadas es erróneo, sin duda. Como los paisajes sanguinolentos que deja Grendel a su paso, la obra ha fusionado dos visiones que han aprendido de Beowulf, aprendiendo al tiempo la una de la otra. *Beowulf*, el cómic, es una mezcla de voces como muy pocas cabe recordar en la historieta española (donde no sé por qué, a menudo cuando se trata de autoría compartida solemos apreciar muy claramente los límites de cada mirada autoral sobre la obra).

Y del fruto de esta mezcla ha surgido una novela gráfica que rezuma soluciones sobresalientes de narración, puesta de página y pura historieta vanguardista. Desde la capacidad para plasmar una narrativa donde poder contemplar lo simultáneo o diferentes puntos de vista sobre un mismo asunto al unísono, a la solución aterradora y sobresaliente para hacernos comprender la naturaleza predatoria del monstruo, pasando por un uso del color (y tonos determinantes) cargado de intención. Hay imágenes desbordantes que ponen a la figura de David Rubín por encima, incluso, del David Rubín pretérito (el de *El Héroe 2*, que parecía un culmen ya), y hay en la historia un potente lirismo impregnado de pasión y casi diría amor donde sí creo ver a García. Tantos años amando Beowulf, queriendo hacer su Beowulf, fallando al intentarlo, macerándolo, y finalmente viéndose capaz de sacarlo a la luz... hacen que, con toda su brutalidad, esta novela gráfica no pueda ser otra cosa que un relato hermoso. Lujuria gráfica y amor por el poema original, quizá eso es lo que más se refleja de cada uno de los autores.

Pero además, el final del relato, tan “meta”, incide en esta idea: obra de autor, de autores. Un escritor, un dibujante, una fluidez pese al océano físico que los separa (Baltimore-A Coruña), una obra terminada. Casi. Porque aquí aparece Javier Olivares, haciendo significativamente no el prólogo sino el epílogo. Olivares, un poeta de la imagen, había sido, hace años, quien inició el primer intento de andar el camino de la obra. Olivares, finalmente, cierra la obra, y así quien, con García, lo empezó todo, sonrío en la última página, tras la negrura del colofón dibujado, para hablarnos del poder de los relatos.

No hay mitos, no hay héroes y no hay hombres sobre el mundo sin este milagroso arte: querer contar algo, y perseverar, heroicamente, cual un Heracles moderno, hasta conseguir contarlo.

OCTAVIO BEARES